

do y tan zancajoso de pronunciaci3n , que á cada letra que pronunciaba , se ahorcaba en pujos de *be á ba* , y como el pobre padecia , paró la lluvia. Con la retencion empezó á rebosar charla por los ojos y por los oídos.

VII.

Senadores votan un pleito.

Estaban unos senadores votando un pleito. Uno dellos , de puro maldito , estaba pensando cómo podria condenar á entrambas partes. Otro incapaz , que no entendia la justicia de ninguno de los dos litigantes , estaba determinando su voto por aquellos dos textos de los idiotas: Dios se la depare buena y dé dónde diere. Otro caduco , que se habia dormido en la relacion (discípulo de la mujer de Pilátos en alegar sueño) , estaba trazando á cuál de sus compañeros seguiria sentenciando á trochimoche. Otro , que era docto y virtuoso juez , estaba como vendido al lado de otro , que estaba como comprado , senador brujo untado. Este alegó leyes torcidas , que pudieran arder en un candil , trujo á su voto al dormido y al tonto y al malvado. Y habiendo hecho sentencia , al pronunciarla , los cogió la *hora* ; y en lugar de decir: Fallamos que debemos condenar y condenamos , dijeron: Fallamos que debemos condenarnos , y nos condenamos. Ese sea tu nombre , dijo una voz ; y al instante se les volvieron las togas pellejos de culebras , y arremetiendo los unos á los otros , se trataban de monederos falsos de la verdad. Y de tal suerte se repelaron , que las barbas de los unos se vian en las manos de los otros , quedando las caras lampiñas y las uñas barbadas , en señal de que juzgaban con ellas ; por lo cual les competia la zalea jurisprudencia.

VIII.

El casamentero.

Un casamentero estaba emponzoñando el juicio de un buen hombre , que no sabiendo qué se hacer de su sosiego , hacienda y quietud , trataba de casarse. Proponíale una picarona , y guisábala con prosa eficaz , diciéndole: Señor , *de nobleza* no digo nada , porque , gloria á Dios , á vuesamerced le sobra para prestar. *Hacienda* , vuesamerced no la ha menester ; *hermosura* , en las mujeres propias ántes se debe huir , por peligro ; *entendimiento* , vuesamerced la ha de gobernar , y no la quiere para letrado ; *condicion* , no la tiene ; los *años que tiene* son pocos (y decia entre sí: por vivir). Lo demas es á pedir de boca. El po-

bre hombre estaba furioso diciendo: Demonio, ¿qué será lo demás si ni es noble, ni rica, ni hermosa, ni discreta? Lo que tiene solo es lo que no tiene, que es condicion. En esto los cogió la *hora*, cuando el maldito casamentero, sastre de bodas, que hurta, y miente, y engaña, y remienda, y añade, se halló desposado con la fantasma que pretendía pegar al otro; y hundiéndose á voces sobre: Quién sois vos; qué trujistes vos, no mereceis descalzarme, se fuéron comiendo á bocados.

IX.

El poeta culto.

Estaba un poeta en un corrillo leyendo una canción cultísima, tan atestada de latines y tapida de jerigonzas, tan zabucada de cláusulas, tan cortada de paréntesis, que el auditorio pudiera comulgar de puro en ayunas que estaba. Cogióle la *hora* en la cuarta estancia, y á la obscuridad de la obra (que era tanta, que no se via la mano) acudieron lechuzas y murciélagos; y los oyentes, encendiendo lanternas y candelillas, oían de ronda á la musa, á quien llaman:

la enemiga del día,
Que el negro manto descoge.

Llegóse uno tanto con un cabo de vela al poeta (noche de invierno, de las que llaman boca de lobo), que se encendió el papel por en medio. Dábase el autor á los diablos, de ver quemada su obra, cuando el que la pegó fuego le dijo: Estos versos no pueden ser claros y tener luz si no los queman: más resplandecen luminaria que canción.

X.

La buscona y el guardainfante.

Salía de su casa una buscona piramidal, habiendo hecho sudar la gota tan gorda á su portada, dando paso á un inmenso contorno de faldas, y tan abultadas, que pudiera ir por debajo rellena de ganapanes, como la tarasca. Arrempujaba con el ruedo las dos aceras de una plazuela. Cogióla la *hora*, y volviéndose del reves las faldas del guardainfante, y arboladas, la sorbieron en campana vuelta del reves, con faciones de tolva, y descubrióse que para abultar de caderas, entre diferentes legajos de arrapiezos que traía, iba un repostero plegado, y la barriga en figura de taberna, y al un lado un medio tapiz; y lo más notable fué que se via un Holoférnes degollado, porque

la colgadura debia de ser de aquella historia. Hundíase la calle á silbos y gritos. Ella aullaba, y como estaba sumida en dos estados de carcavueso que formaban los espartos del ruedo, que se habia erizado, oíanse las voces como de lo profundo de una sima, donde yacia con pinta de carantamaula. Ahogárase en la catterva que concurrió, si no sucediera que viniendo por la calle rebosando narcisos uno con pantorrillas postizas y tres dientes, y dos teñidos, y tres calvos con sus cabelleras, los cogió la *hora* de piés á cabeza, y el de las pantorrillas empezó á desangrarse de lana; y sintiendo mal acostadas, por falta de los colchones, las canillas, y queriendo decir: Quién me despierna; se le desempedró la boca al primer bullicio de la lengua. Los teñidos quedaron con requesones por barbas, y no se conocian unos á otros. A los calvos se les huyeron las cabelleras, con los sombreros en grupa, y quedaron melones con bigotes, con una cortesía de *memento homo*.

XI.

El criado favorecido y el amo.

Era muy favorecido de un señor un criado suyo: este le engañaba hasta el sueño, y á este un criado que tenia, y á este criado un mozo suyo, y á este mozo un amigo, y á este amigo su amiga, y á esta el diablo. Pues cógelos la *hora*; y el diablo, que estaba al parecer tan léjos del señor, revístese en la puta, la puta en su amigo, el amigo en el mozo, el mozo en el criado, el criado en el amo, el amo en el señor. Y como el demonio llegó á él destilado por puta y rufian, y mozo de mozo de criado de señor, endemoniado por pasadizo y hecho un infierno, embistió con su siervo, este con su criado, el criado con su mozo, el mozo con su amigo, el amigo con su amiga, esta con todos; y chocando los arcaduces del diablo, unos con otros se hicieron pedazos, se deshizo la sarta de embustes, y Satanás, que enflautado en la cotorrera se paseaba sin ser sentido, rezumándose de mano en mano, los cobró á todos de contado.

XII.

La casada que se afeita.

Estábase afeitando una mujer casada y rica. Cubria con hopalandas de soliman unas arrugas jaspeadas de pecas; jalbegaba, como puerta de alojería, lo rancio de la tez; estábase guisando las cejas con humo, como chorizos; acompañaba lo mortecino de sus labios con municion de lanternas á poder de cerillas;

iluminábase de vergüenza postiza con dedadas de salserilla de color. Asistíala como asesor de cachivaches una dueña, calavera confitada en untos. Estaba de rodillas sobre sus chapines, con un moñazo imperial en las dos manos, y á su lado una doncellita, platicanta de botes, con unas costillas de borrenas, para que su ama lanaplenase las concavidades que le resultaban de un par de jibas que la trompicaban el talle. Estándose pues la tal señora dando pesadumbre y asco á su espejo, cogida de la *hora*, se confundió en manotadas; y dándose con el soliman en los cabellos, y con el humo en los dientes, y con la cerilla en las cejas, y con la color en todas las mejillas, y encajándose el moño en las quijadas, y atacándose las borrenas al revés, quedó cana y cisco, y Anton Pintado y Anton Colorado, y barbada de rizos, y hecha abrojo; con cuatro corcovas, vuelta vision, y cochino de San Anton. La dueña, entendiendo que se habia vuelto loca, echó á correr con los andularios de *requiem* en las manos. La muchacha se desmayó, como si viera al diablo. Ella salió tras la dueña, hecha un infierno, chorreando pantasma. Al ruido salió el marido, y viéndola, creyó que eran espíritus que se le habian revestido, y partió de carrera á llamar quien la conjurase.

XIII.

Gran señor que visita su cárcel.

Un gran señor fué á visitar la cárcel de su córte, porque le dijeron servia de heredad y bolsa á los que la tenian á cargo, que de los delitos hacían mercancia, y de los delincuentes tienda, trocando los ladrones en oro, y los homicidas en buena moneda. Mandó que sacasen á visita los encarcelados, y halló que los habian preso por los delitos que habian cometido, y que los tenian presos por los que su codicia cometia con ellos. Supo que á los unos contaban lo que habian hurtado y podido hurtar, y á otros lo que tenian y podian tener; y que duraba la causa todo el tiempo que duraba el caudal, y que precisamente el dia del postrero maravedí era el dia del castigo; y que los prendian por el mal que habian hecho, y los justificaban porque ya no tenian. Saliéronse á visitar dos que habian de ahorcar otro dia: al uno, porque le habia perdonado la parte, le tenian como libre; al otro por hurtos ahorcaban, habiendo tres años que estaba preso, en los cuales le habian comido los hurtos y su hacienda, y la de su padre y su mujer, en quien tenia dos hijos. Cogió la *hora* al gran señor en esta visita, y demudado de color, dijo: A este que librais porque perdonó la parte, ahorcareis mañana; porque si esto se hace, es instituir mercado público de vidas, y hacer que por el dinero del concierto con que se compra el perdon, sea mercancia la vida del marido para la mujer, y la del hijo para el padre, y la del padre para el hijo; y en poniéndose los perdones de muertes en venta, las vidas de todos están en almoneda pública, y el dinero inhibe en la justicia el escarmiento, por ser muy fácil de persuadir á las partes que les serán más útil mil escu-

dos ó quinientos que un ahorcado. Dos partes hay en todas las culpas públicas: la ofendida y la justicia; y es tan conveniente que esta castigue lo que le pertenece, como que aquella perdone lo que le toca.

«Este ladrón, que despues de tres años de prision quereis ahorcar, echareis á galeras; porque, como tres años há estuviera justamente ahorcado, hoy será injusticia muy cruel, pues será ahorcar con el que pecó, á su padre, á sus hijos y á su mujer, que son inocentes, á quien habeis vosotros comido y hurtado con la dilacion las haciendas.

«Acuérdome del cuento del que, enfadado de que los ratones le roian papelillos y mendrugos de pan, y cortezas de queso, y los zapatos viejos, trujo gatos que le cazasen los ratones; y viendo que los gatos se comian los ratones, y juntamente un dia le sacaban la carne de la olla, otro se la desensartaban del asador; que ya le cogian una paloma, ya una pierna de carnero, mató los gatos, y dijo: Vuelvan los ratones. Aplicad vosotros este chiste, pues como gatazos, en lugar de limpiar la república, cazais y correis los ladrones ratoncillos que cortan una bolsa, agarran un pañuelo, quitan una capa y corren un sombrero; y juntamente os engullis el reino, robais las haciendas y asolais las familias. Infames, ratones quiero, y no gatos.» Diciendo esto, mandó soltar todos los presos, y prender todos los ministros de la cárcel. Armóse una herrería y confusion espantosa: trocaban unos con otros quejas y alaridos; los que tenian los grillos y las cadenas, se las echaban á los que se las mandaron echar, y se las echaron.

XIV.

Mujeres diferentes que van por la calle.

Iban diferentes mujeres por la calle, las unas á pié; y aunque algunas de ellas se tomaban ya de los años, iban gorjeándose de andadura y desviviéndose de ponleví y enaguas. Otras iban embolsadas en coches, desantañándose de navidades con melindres y manoteado de cortinas; otras, tocadas de gorgoritas y vestidas de *noli me tangere*, iban en figura de camarines, en una alacena de cristal, con resabios de hornos de vidrio, romanadas por dos moros, ó cuando mejor por dos pícaros. Llevan las tales transparentes los ojos, en muy estrecha vecindad con las nalgas del mozo delantero, y las narices molestadas del zumo de sus piés, que como no pasa por escarpines, se perfuma de Fregenal. Unas y otras iban reciennaciéndose, arrulladas de galas y con niña postiza, callando la vieja como la caca, pasando á la arismética de los ojos los ataúdes por las cunas. Cogiólas la *hora*, y topándolas Estofferino y Magino y Origano y Argolo, con sus efemérides desenvainadas, embistieron con ellas á ponerlas á todas las fechas de sus vidas con dia, mes y año, hora, minutos y segundos. Decian con voces descompuestas: Demonios, reconocé vuestra fecha, como vues-

tra sentencia. Cuarenta y dos años tienes, dos meses, cinco días, seis horas, nueve minutos y veinte segundos. ¡Oh inmenso Dios, quién podrá decir el desafortado zurrido que se levantó! No se oía otra cosa que mentises; no hay tal; no he cumplido quince; ¡Jesus! ¿quién tal dice? aun no he entrado en diez y ocho; en trece estoy; ayer nací; no tengo ningún año, miente el tiempo. Y una, á quien Origanó estaba sobrescribiendo como escritura: Fué fecha y otorgada esta mujer el año de 1578, viendo ella que se le averiguaban sesenta y siete años, entigrecida y enserpentada, dijo:

—Yo no he nacido, legalizador de la muerte; aun no me han salido los dientes.

—Antigualla, mamotreto de siglos, no salen sobre raigones; tente á la fecha.

—No conozco fecha; y arremetiendo el uno al otro, se confundió todo en una resistencia espantosa.

XV.

Potentados despues de comer.

Estaba un potentado despues de comer arrullando su desvanecimiento con lisonjas arpadas en los picos de sus criados. Oíase el rugir de las tripas galopines, que en la cocina de su barriga no se podían averiguar con la carnicería que habia devorado. Estaba espumando en salivas por la boca los hervores de las azumbres; todo el *coram vobis* iluminado de panarras, con arreboles de brindis. A cada disparate y necedad que decia, se desatinaban en los encarecimientos y alabanzas los circunstantes. Unos decían: ¡Admirable discurso! Otros: No hay más que decir. ¡Grandes y preciosísimas palabras! Y un lisonjero, que procuraba pujar á los otros la adulación, mintiendo de puntillas, dijo: Oyéndote ha desfallecido pasmada la admiración y la doctina. El tal señor, encantusado, y dando dos ronquidos, parleros del ahito, con promesas de vómito, derramó con zollipo estas palabras: Afligido me tiene la pérdida de las dos naves mias. En oyéndolo, se afilaron los lisonjeros de embeleco; y revistiéndoseles la misma mentira, dijeron unos que ántes la pérdida le habia sido de autoridad y á pedir de boca, y que por útil debiera haber deseádola, pues le ocasionaba causa justa para romper con los amigos y vecinos que le habian robado, y que por dos les tomara ducientos, y que esto él se obligaba á disponerlo. Salpicó el detestable adulador este enredo de ejemplos. Otros dijeron habia sido la pérdida glorioso suceso y lleno de majestad, porque aquel era gran príncipe que tenia más que perder, y que en eso se conocia su grandeza, y no en ganar y adquirir; que es mendiguez propia de piratas y ladrones; y añadió que aquesta pérdida habia de ser su remedio; y luego empezó á granizarle de aforismos y autores, ensartando á Tácito y á Salustio, á Polibio y Tucídides, embutiendo las grandes pér-

didadas de los romanos y griegos, y otra grande cáfila de dislates; y como el glotonazo no buscaba sino disculpas de su flojedad, alegró la pérdida con el engaño. No hiciera más el diablo. En esto, á persuasion de las crudezas, por el mal despacho de la digestion, disparó un regüeldo. No le hubieron oido cuando los malvados lisonjeros, hincando con suma veneracion la rodilla, por hacerle creer habia estornudado, dijeron: Dios le ayude. Pues cógele la *hora*; y revestido de furias infernales, aullando dijo: Infames, pues me quereis hacer en creyentes que es estornudo el regüeldo, estando mi boca á los umbrales de mis narices, ¿qué hareis de lo que ni veo ni güelo? Y dándose de manotadas en las orejas, y mosqueándose de mentiras, arremetió con ellos, y los derramó á coces de su palacio, diciendo: Príncipes, si me cogen acatarrado, me destruyen. Por un sentido que me dejaron libre se perdieron: no hay cosa como oler.

XVI.

Codiciosos y tramposos.

Los codiciosos, escarmentados, se apartaron de los tramposos; y los tramposos, por no pagar de balde el embuste, se embistieron unos á otros, disimulándose en las palabras y dándose un baño exterior de simplicidad. Decíanse el un embustero al otro: Señor mio, escarmentado de tratar con tramposos, que me tienen destruido, vengo á que, pues sabeis mi puntualidad, me presteis tres mil reales en vellon, de que os daré letra acetada á dos meses, que se pagará en plata, en persona tan abonada, que es como tenerlos en la bolsa, y que no es menester más de llegar y contar; y era este en quien daba la letra, la misma trampa. Mas el tramposo, que oia al otro tramposo que le abonaba al tercer tramposo, disimulando el conocerlos, y adargándose del trampantojo, con lamentacion ponderada le dijo que él andaba á buscar cuatro mil reales sobre prenda que valia ocho, y que á ese efecto habia salido de su casa. Andaban chocando los unos con los otros con cadenas de alquimia, hipócritas del oro, y letras falsas acetadas, y con fiadores falidos, y escrituras falsas, y hipotecas ajenas, y plata que habian pedido prestada para un banquete, y migajas de piés de tazas de vidrio, y claveques con apellido de diamantes. Era admirable la prosa que gastaban. Uno decia:

—Yo profeso verdad, y se ha de hallar en mí si se perdiere; no profeso sino pan por pan y vino por vino; ántes moriré de hambre, pegada la boca á la pared, que hacer ruindad; no quiero sino crédito; no hay tal como poder traer la cara descubierta: esto me enseñaron mis padres. Respondia el otro tramposo:

—No hay cosa como la puntualidad; sí por sí y nó por nó. Por malos medios no quiero hacienda; toda mi vida he tenido esta condicion; no quiero tener que restituir; lo que importa es el alma; no haria una trampa por los haberes del mundo; más quiero mi conciencia que cuanto tiene la tierra. En esto estaban las

ratoneras vivas, arrebozando de cláusulas justificadas las intenciones cardas, cuando los cogió de medio á medio la *hora*; y creyéndose los unos tramposos á los otros, se destruyeron. El de la cadena de alquimia la daba por la letra falsa, y el de los diamantes claveques tomaba por ellos la plata prestada. Los tres partieron al contraste; el otro á verificar la letra y asegurarla y perder la mitad, porque se la pagasen ántes que se averiguase el cadennon de hierro viejo. Llegó volando á la casa del hombre en cuyo nombre estaba acetada, el cual le dijo que aquella letra no era suya ni conocia tal hombre, y envióle noramala. Él se salió letra entre piernas, diciendo:

—¡Oh ladron! ¡Cuál me la habias pegado si la cadena no fuera de trozos de jeringa! El de los claveques decia, estando vendiendo la plata á un platero, sin hechura y por ménos del peso:

—¡Bien se la pegué con mendrugos de vidrio! En esto llegó el dueño y conociendo su plata, que andaba dando cosetadas en el peso, llamó á un alguacil, y hizo prender al tramposo por ladron. Empelazgáronse: al ruido salió el de los diamantes falsos dando gritos. El que vendia la plata dijo:

—Ese infame me la vendió. El otro decia:

—Miente; que ese me la ha hurtado. El platero decia:

—Ese maulero me traia chinas por diamantes. El dueño de la plata requeria que los prendiesen á entrambos; el escribano decia que á todos tres hasta que se averiguase. El alguacil, poniéndose la vara en la boca, y asiendo á los dos tramposos con las dos manos, y el escribano de la capa al dueño de la plata, despues de haberse desgarrado las getas unos á otros, con gran séquito de pícaros fuéron entregados en la cárcel al guardajoyas del verdugo.

XVII.

Arbitristas en Dinamarca.

En Dinamarca habia un señor de una isla poblada con cinco lugares. Esta-
ba muy pobre, más por la ansia de ser más rico que por lo que le faltaba. Castigó el cielo á los vecinos y naturales desta isla con inclinacion casi universal á ser arbitristas. En este nombre hay mucha diferencia en los manuscritos: en unos se lee *arbitristes*; en otros, *arbatristes*, y en los más, *armachismes*. Cada uno enmiende la leccion como mejor le pareciere á sus acontecimientos. Por esta causa esta tierra era habitada de tantas plagas como personas. Todos los circunvecinos se guardaban de las gentes desta isla como de pestes andantes, pues de solo el contagio del aire que pasado por ella los tocaba, se les consumian los caudales; se les secaban las haciendas, se les desacreditaba el dinero y se les asuraba la negociacion. Era tan inmensa la arbitrería que producía aquella tierra, que los niños en naciendo decian *arbitrio* por decir *taita*. Era una poblacion de laberintos, porque las mujeres con sus maridos, los padres con los hijos, los

hijos con los padres, y los vecinos unos con otros, andaban á daga mis arbitrios y toma los tuyos; y todos se tomaban del arbitrio como del vino. Pues este buen señor en las partes de allende, convencido de la cudicia, que es uno de los peores demonios que esgrimen cizaña en el mundo, mandó tocar á arbitrios. Juntáronse legiones de arbitrianos en el teatro del palacio, empapeladas las pretinas, y asaeteadas de legajos de discursos las aberturas de los sayos. Dijoles su necesidad, pidióles el remedio; todos á un tiempo echando mano á sus discursos, y con cuadernos en ristre, embistieron en *turba multa*, y ahogándose unos en otros por cuál llegaría ántes, névaron cuatro bufetes de cartapeles: Sosegó el runrun que tenían, y empezó á leer el primer arbitrio. Decía así:

—Arbitrio para tener inmensa cantidad de oro y plata sin pedirla ni tomarla á nadie.

—Durillo se me hace, dijo el señor.

—Segundo: Para tener inmensas riquezas en un dia, quitando á todos cuanto tienen, y enriqueciéndolos con quitárselo.

—La primera parte de quitar á todos me agrada; la segunda de enriquecerlos quitándoselo tengo por dudosa; mas allá se avengan.

—Tercero: Arbitrio fácil y gustoso y justificado para tener gran suma de millones, en que los que los han de pagar no lo han de sentir; ántes han de creer que se los dan.

—Me place, dejando esta persuasion por cuenta del arbitrista, dijo el señor.

—Cuarto arbitrio: Ofrece hacer que lo que falta sobre, sin añadir nada ni alterar cosa alguna, y sin queja de nadie.

—Arbitrio tan bienquisto no puede ser verdadero.

—Quinto: en que se ofrece cuanto se desea. Hase de tomar y quitar y pedir á todos, y todos se darán á los diablos.

—Este arbitrio con lo endemoniado asegura lo platicable. Animado con la aprobacion, el autor, dijo:

—Y añado que los que le cobraren serán consuelo para los que le han de padecer. ¿Quién fuiste tú que tal dijiste? Alza Dios su ira, y emborrúllanse en remolinos furiosos los arbitristas, chasqueando barbullas, llamándole de borracho y perro. Decíanle: Bergante, ¿propusiera Satanás el consuelo en los cobradores, siendo ellos la enfermedad de todos los remedios? Llamábanse de hidearbitristas, contradiciéndose los arbitrios los unos á los otros, y cada uno solo aprobaba el suyo. Pues estando encendidos en esta brega, entraron de repente muchos criados, dando voces, desatinados, que se abrasaba el palacio por tres partes, y que el aire era grande. Coge la *hora* en este susto al señor y á los arbitristas. El humo era grande y crecía por instantes. No sabía el pobre señor qué hacerse. Los arbitristas le dijeron se estuviere quedo, que ellos lo remediarian en un instante; y saliendo del teatro á borbotones, los unos agarraron de cuanto habia en palacio, y arrojando por las ventanas los camarines y la recámara, hicieron pedazos cuantas cosas tenia de precio. Los otros con picos derribaron una torre; otros, diciendo que el fuego en respirando se moria, deshicieron gran parte de los tejados, arruinando los techos, y asolándolo todo; y ninguno de los arbitristas

acudió á matar el fuego , y todos atendieron á matar la casa y cuanto habia en ella. Salió el señor, viendo el humo casi aplacado , y halló que los vasallos y gente popular y la justicia habian ya apagado el fuego ; y vió que los arbitristas daban tras los cimientos , y que le habian derribado su casa y hecho pedazos cuanto tenia ; y desatinado con la maldad , y hecho una sierpe, decia : Infames, vosotros sois el fuego ; todos vuestros arbitrios son desta manera ; más quisiera, y me fuera más barato , haberme quemado que haberos creído ; todos vuestros remedios son desta suerte: derribar toda una casa porque no se caiga un rincon. Llamais defender la hacienda echarla en la calle , y socorrer el rematar. Dais á comer á los príncipes sus piés y sus manos y sus miembros, y decís que le sustentais cuando le haceis que se coma á bocados á sí propio. Si la cabeza se come todo su cuerpo, quedará cáncer de sí misma, y no persona. Perros, el fuego venia con harta razon á quemarme á mí porque os junté y os consiento; y como me vió en poder de arbitristas , cesó y me dió por quemado. El más piadoso arbitrista es el fuego : él se ataja con el agua ; vosotros creceis con ella y con todos los elementos , y contra todos. El Anticristo ha de ser arbitrista. A todos os he de quemar vivos ; y guardar vuestra ceniza para hacer della cernada , y colar las manchas de todas las repúblicas. Los príncipes pueden ser pobres ; mas en tratando con arbitristas para dejar de ser pobres; dejan de ser príncipes.

XVIII.

Las alcahuetas y las chillonas.

Las alcahuetas y las chillonas estaban juntas en parlamento nefando : hablaban muy bellacamente en ausencia de las bolsas , y roían al dinero los zancajos. La más antigua de las alcahuetas , mal asistida de dientes y mamona de pronunciaci3n, tableteando con las encías , dijo : El mundo está para dar un estallido: mirad qué gentil dádiva: el tiempo hace hambre ; todo está en un tris; las ferias y los aguinaldos días há que pudren ; las albricias contadlas con los muertos ; el dinero está tan trocado , que no se conoce ; con los premios se ha desvanecido , como ruín en honra : un real de á ocho se enseña á dos cuartos como un elefante ; de los doblones se dice lo que de los infantes de Aragon :

¿Qué se hicieron?

Yo daré hace los papeles de toma. Item : *fie vuesa merced de mi palabra* es mataperros ; *libranza* es gozque mortecino ; mancebito de piernas con guedejas y sienes con ligas , son ganas de comer y un ayuno barbiponiente. Hijas , lo que conviene es tengamos y tengamos, y encomendaros al contante y al antemano. Yo administro unos hombres á medio podrir, entre vivos y muertos, que traen bien aliñada pantasma, y tratan de que los herede su apetito, y pagan en buena moneda lo roñoso de su estantigua. Niñas, la codicia quita el asco: cerrad los ojos

y tapad las narices, como quien toma purga. Beber lo amargo por el provecho es medicina : haced cuenta que quemais franjas viejas para sacarlas el oro, ó que chupais huesos para sacar la medula. Yo tengo para cada una de vosotras media docena de carroños, amantes pasas, arrugados, que gargajejan mejicanos. Yo no quiero tercera parte : con un porte moderado que se me pague estoy contenta, para conservar esta negra honra de que me he preciado toda mi vida. Acabó de mamullar estas razones, y juntando la nariz con la barbilla, á manera de garra, las hizo un gesto de la impresion del grifo. Una de las pidonas y tomascas, arrebatilla en naguas, moño rapante, la respondió: Agüela, endilgadora de refocilos, engarzadora de cuerpos, eslabonadora de gentes, enflautadora de personas, tejedora de caras, has de advertir que somos muy mozas para vendernos á la pu barbada y á los caza-siglos. Gasta esa municion en dueñas, que son mayas de los difuntos y mariposas del *aquí yace*. Tia, la sangre que bulle, más quiere tarrarira que dineros, y gusto que dádivas: toma otro oficio; que los coches se han alzado á mayores con la corozca, y espero verlos tirar pepinazos por alcahuetes. No hubo la buscona acabado estas palabras, cuando á todas las cogió la *hora*, y entrando una bocanada de acreedores, embistieron con ellas. Uno por el alquiler de la casa las embargaba los trastos y la cama; otro porque eran suyos, desde las almohadas á la guitarra, las asia de los vestidos por los alquileres, y asia de todo; y de palabra en palabra, el uno al otro se empujaron las caras con los puños cerrados. Hundia la vecindad á gritos un ropero por unos guardainfantes: las mancebitas de la sonsaca formaban una capilla de chillidos, diciendo que qué término era aquel, y que para esta y para aquella, y como creo en Dios, y bonitas somos nosotras, y lo del negro, á quien apelan las venganzas de las andorras. La maldita vieja se santiguaba á manotadas, y no cesaba de clamar: ¡Jesus, y en Jesus! cuando á la tabaola entró el amigo de la una de las busconas, y sacando la espada, sin prólogo de razonamiento embistió con los cobradores, llamándolos pícaros y ladrones. Sacaron las espadas y tirándose unos á otros, hicieron pedazos cuanto habia en la casa. Las busconas á las ventanas desgañitándose pregonaban el *que se matan*, y *¿no hay justicia?* Al ruido subió un alguacil con todos sus arrabales, con el *favor al Rey, ténganse á la justicia*.

Emburujáronse todos en la escalera; salieron á la calle, unos heridos y otros desgarrados. El rufian, abierta la media cabeza, y la otra media (á lo que sospecho) no bien cerrada; sin capa y sombrero se fué á una iglesia. El alguacil entró en la casa, y en viendo á la buena vieja, embistió con ella, diciendo: ¿Aquí estás, bellaca, despues de desterrada tres veces? Tu tienes la culpa de todo; y asiéndola, y á las demas todas, y embargando lo que hallaron, las llevaron en racimo á la cárcel, desnudas y remesadas, acompañadas del *vayan las pícaras*, pronunciado por toda la vecindad.

XIX.

El letrado y los pleiteantes.

Un letrado bien frondoso de mejillas, de aquellos que con barba negra y bigotes de buces traen la boca con sotana y manteo, estaba en una pieza atestada de cuerpos tan sin alma como el suyo; revolvía ménos los autores que las partes; tanpreciado de rica librería, siendo idiota, que se puede decir que en los libros no sabe lo que se tiene. Había adquirido fama, por lo sonoro de la voz, lo eficaz de los gestos, la inmensa corriente de las palabras, en que anegaba á los otros abogados. No cabían en su estudio los litigantes de piés, cada uno en su proceso como en su palo, en aquel peralvillo de las bolsas. Él salpicaba de leyes á todos: no se le oía otra cosa sino ya estoy al cabo; bien visto lo tengo; su justicia de vuesa merced no es dubitable; ley hay en propios términos; no es tan claro el día; este no es pleito, es caso juzgado; todo el derecho habla en nuestro favor; no tiene muchos lances; buenos jueces tenemos; no alega el contrario cosa de provecho; lo actuado está lleno de nulidades; es fuerza que se revoque la sentencia dada; déjese vuesa merced gobernar. Y con esto, á unos ordenaba peticiones, á otros querellas, á otros interrogatorios, á otros protestas, á otros súplicas, y á otros requerimientos. Andaban al retortero los Bártulos, los Baldos, los Abades, los Surdos, los Farinacios, los Tuscos, los Cujacios, los Fabros, los Ancharanos, el señor presidente Covarrubias, Chasaneo, Oldrado, Mascardo; y tras la ley del reino, Montalvo y Gregorio Lopez, y otros innumerables, burrajeados de párrafos, con sus dos corcovas de la *ce* abreviatura, y de la *efe* preñada con grande prole de números, y su *ibi* á las ancas. La nota de la petición pedía dineros, el platicante la pitanza de escribirla, el procurador la de presentarla; el escribano de la cámara la de su oficio; el relator la de su relación. En estos dacas los cogió la *hora*, cuando los pleiteantes dijeron á una voz: Señor Licenciado, en los pleitos lo más barato es *la parte contraria*; porque ella pide lo que pretende que la dén, y lo pide á su costa; y vuesa merced por la defensa pide y cobra á la nuestra: el procurador lo que le dan, el escribano y el relator lo que le pagan. El contrario aguarda la sentencia de vista y revista; y vuesa merced y sus secuaces sentencian para sí, sin apelación. En el pleito podrá ser que nos condenen ó nos absuelvan, y en seguirle no podemos dejar de ser condenados cinco veces cada día. Al cabo nosotros podemos tener justicia, mas no dinero. Todos esos autores, textos y decisiones y consejos no harán que no sea abominable necesidad gastar lo que tengo por alcanzar lo que otro tiene, y puede ser que no alcance. Más queremos una *parte contraria* que cinco. Cuando nosotros ganemos el pleito, el pleito nos ha perdido á nosotros. Los letrados defienden á los litigantes en los pleitos como los pilotos en las borrascas los navíos, sacándoles cuanto tienen en el cuerpo, para que si Dios fuere servido, lleguen

vacíos y despojados á la orilla. Señor mio, el mejor jurisconsulto es la concordia, que nos da lo que vuesamerced nos quita. Todos corriendo nos vamos á concertar con nuestros contrarios; á vuesamerced le vacan las rentas y tributos que tiene situados sobre nuestra terquedad y porfía; y cuando por la conveniencia perdamos cuanto pretendemos, ganamos cuanto vuesamerced pierde. Vuesamerced ponga cédula de alquiler en sus textos; que buenos pareceres los dan con más comodidad las cantoneras; y pues ha vivido de revolver caldos, acomódese á cocinero y profese de cucharón.

XX.

Los taberneros.

Los taberneros, de quien cuando más encarecen el vino, no se puede decir que lo suben á las nubes, ántes que bajan las nubes al vino, segun le llueven, gente más pedigüeña del agua que los labradores; aguadores de cuero, que desmienten con el piezgo los cántaros, —estaban con un grande auditorio de lacayos, esportilleros y mozos de sillas y algunos escuderos, bebiendo de rebozo seis ó siete dellos en maridaje de mozas gallegas, haciendo sed bailando, para bailar bebiendo. Dábanse de rato en rato grandes cimbronazos de vino: andaba la taza de mano en mano sobre los dos dedos en figura de gavilan. Uno dellos, que reconoció el pantano mezclado, dijo: ¡Rico vino! á un picarazo á quien brindó. El otro, que por lo aguanoso esperaba ántes pescar en la copa ranas, que soplar mosquitos, dijo:

—Este es verdaderamente rico vino, y no otros vinos pobretones; que no llueve Dios sobre cosa suya. El tabernero, sentido de los remoquetes, dijo:

—Beban y callen los borrachos.

—Beban y naden, ha de decir, replicó un escudero. Pues cógelos á todos la hora; y amotinados, tirándole las tazas y jarros, le decian: Diluvio de la sed, ¿porqué llamas borrachos á los anegados? ¿Vendes por azumbres lo que llueves á cántaros, y llamas zorras á los que haces patos? Más son menester fieltros y botas de baqueta para beber en tu casa que para caminar en invierno, infame falsificador de las viñas. El tabernero, convencido de Neptuno, diciendo:

—Agua Dios, agua; con el pellejo en brazos se subió á una ventana, y empezó á gritar derramando el vino: Agua va; que vacío; y los que iban por la calle respondian:

—Aguarda, fregona de las uvas.

XXI.

El enjambre de pretendientes.

Estaba un enjambre de treinta y dos pretendientes de un mismo oficio aguardando al señor que habia de proveerle. Cada uno hallaba en sí tantos méritos como faltas en todos los demas. Estábanse santiguando mentalmente unos de otros. Cada uno decia entre sí que eran locos y desvergonzados los otros en pretender lo que merecia él solo. Mirábanse con un odio infernal, tenían los corazones rellenos de víboras, preveníanse afrentas y infamias para calumniarse, mostraban los semblantes aciagos y las coyunturas azogadas de reverencias y sumisiones; á cada movimiento de la puerta se estremecian de acatamientos, bamboleándose con alferecía solícita; tenían ajadas las caras con la frecuencia de gestos meritorios, flechados de obediencia, con las espaldas en jiba, entre pisarse el ranzal y pelicanos. No pasaba paje á quien no llamasen mi rey, frunciendo las jetas en requiebros. Pasó el secretario con andadura de flecha. Aquí fué ella, que desapareciéndose de estatura y gaudujando sus cuerpos en cinco de guarismo, le sitiaron de adoracion en cuclillas. Él con un perdonen vuestras mercedes, que voy de prisa, trotado en la pronunciacion, se entró con mirada de novia. Pidió el señor la caja; oyóse una voz que dijo:

—Venga el servicio.

—Yo soy, dijo uno de los pretendientes. Otro:

—Ya entro. Otro:

—Aquí estoy. Apretábanse con la puerta hasta sacarse zumo. El pobre señor, que supo la tabaola que le aguardaba de plegarias, y columbró á los malditos pretendientes terciando contra él los memoriales enherbolados, ño sabía qué se hacer de sus orejas. Dábase á los demonios entre sí mismo, diciendo que el tener que dar era la cosa mejor del mundo si no hubiera quien lo pretendiera; y que las mercedes, para no ser persecucion del que las hace, habian de ser recibidas, y no solicitadas. Los quebrantahuesos, que veian se dilatava su despacho, se carcomian, considerando que el oficio era uno, y ellos muchos. Atollábaseles la arismética en decir:

—Un oficio entre treinta y dos, ¿á cómo les cabe? Y restaban:

—Recibir uno y pagar treinta y dos no puede ser; y todos se hacian el *uno*, y encajaban á los otros en el *no puede ser*. El señor decia:

—Fuerza es que yo deje uno premiado, y treinta y uno quejosos; mas al fin se determinó, por limpiarse dellos, á que entrasen. Dióse un baño de piedra mármol, y revistióse en estatua para mesurarse de audiencia. Embocáronse en manada y rebaño; y viendo empezaban á quererle informar en bulla, les dijo: El oficio es uno, vosotros muchos; yo deseo dar á uno el oficio, y dejaros contentos. Estando diciendo esto, los cogió la *hora*; y el señor, haciendo á uno la

merced, empezó á ensartarlos á todos en futura sucesion de futuras sucesiones perdurables, que nunca se acaban. Los pobres futurados empezaron á desearse la muerte, invocar garrotillos, pleurites, pestes, tabardillos, muertes repentinas, apoplejías, disenterias y puñaladas. Y no habiendo un instante que lo dijo, les parecia á los futuros sucesores que habian vivido ya sus antecesores diez Matusalenes en retahila. Y siendo así que el décimo reculaba en su futura en quinientos años venideros, todos acetaron la posmuerte de su antecedente: solo el treinta y uno, que halló, hecha bien la cuenta, que llegaba su plazo horas con horas con la fin del mundo, allende del Antecristo, dijo:

—Yo vengo á poseer entre las cañitas y el fuego. ¡Bien haré yo mi oficio, quemado! El dia del juicio, ¿quién hará que me paguen mis gajes las calaveras? Por mí viva muchos años el treinta futuro: que cuando á él llegue la tanda estará el mundo dando arcadas. El señor los dejó sobreviviéndose y trasmatóndose unos á otros, y se fué podrido de ver que se arrempujaban las edades hácia el *saeculum per ignem*, y que pretendian emparejar con *saecula saeculorum*. El que pescó el oficio estaba atónito viéndose con tan larga retahila de herederos: fuése tomándose el pulso, y propuniendo de no cenar y guardarse de soles. Los demas se miraban como venenos eslabonados; y anatematizándose las vidas, se iban levantando achaques, y añadiéndose años, y amenazándose de ataudes; y zahiriéndose la buena disposicion, y enfermado de la salud de sus precedentes, y dándose á médicos como á perros.

XXII.

Hombres que piden prestado.

Unos hombres que piden prestado, á imitacion del dia que pasó para no volver, discípulos de las arañas en cazar la mosca, se estaban en la cama al anochecer por tener las carnes á letra vista. Habian gastado entre todos en oblea, tinta y pluma y papel ocho reales, que habian juntado á escote, y todo lo consumieron en billetes, bacinicas de demanda, con nota rematada y cláusulas de extrema necesidad, por ser negocio de honra, en que les iba la vida; con el fiador de que se volveria con toda brevedad; que sería echarlos una S y un clavo. Y por si faltaba el dinero, remataban con la plegaria que es las mil y quinientas de la bribia, diciendo que si no se hallasen con algun contante, se sirviesen de enviar una prenda, que los buscarian sobre ella, y se guardaria como los ojos de la cara; con su contera de que: Perdone el atrevimiento, y que no se avergonzaran á otra persona. Habian pues flechado cien papeles destos, rociando de estafa todo el lugar. Llevábalos un compañero panza al trote, insigne clamista, que con una barba de cola de pescado y una capa larga pintaba en platicante de médico. Quedó el nido de emprestillones haciendo la cuenta de cuánto dinero traeria; y sobre si serían seiscientos ó cuatrocientos reales, armaron una zala-

guarda del diablo. Llegaron á reñir y á desmentirse sobre lo que se habia de hacer de lo que pillasen ; y tanto se enfurecieron, que saltaron de las camas , con tal dieta de camisas las partes bajas , que era más fácil darse de azotes que de sopapos. Entró en este punto la estafeta de los enredos con tufo de no hay, no tengo, Dios los provea. Traia las dos manos descubiertas , sin codo manco : señal de desembarazo. Vianse las dos barajas de billetes. Quedáronse transidos viendo que su fábrica pintaba en solas respuestas de retorno ; y con prosa fallida de voz dijeron :

—¿Qué tenemos ?

—Que no tienen, respondió el sacatrapos ; entreténganse vustedes en leer, ya que no pueden contar. Empezaron á abrir billetes. El primero decia : No he sentido en mi vida cosa tanto como no poder servir á vuesamerced con esta niñería. Pues socorriérame, y lo sintiera más. El segundo: Señor mio, si ayer recibiera su papel de vuesamerced, le pudiera servir con mil gustos. ¡Válgate el diablo por *ayer*, que te andas cada dia tras los embestidores! El tercero: El tiempo está de manera... ¡Oh maldito caballero almanac! ¿Pidente dinero, y das pronóstico? El cuarto: No siente vuesamerced tanto su necesidad, como yo no poder socorrerla. ¿Quién te lo dijo, demonio? ¿Profeta te haces, miserable? ¿Cuando te piden, adivinas? No hay más que leer, dijeron todos ; y alzando un zurrido infernal, dijeron :

—Ya es de noche; desquitémonos de lo gastado royendo las obleas de los sellos , á falta de cena , y juntemos estos billetes con otros dos cahíces que tenemos , y véndanse á un confitero , que por lo ménos dará por ellos cuatro reales para amortajar especias, y encorozar confites, y hacer mantellinas al azúcar de las pellas, y calzar los bizcochos. Esto de pedir prestado, decia bostezando el andadero, diez años há que murió súpito; ya no hay qué prestar sino paciencia. Por no ver los gestos y garambainas que hacen con las caras los embestidos, puede uno darles lo que les pide ; y hecha la cuenta , se gasta más en secretaría y trotes, que se cobra. Caballeros de la arrebatña, no hay sino ojo avizor. En esto estaban los pescadores de papel , cuando los cogió la *hora* ; y dijo el más desembañado de persona : Mucho se nos hacen de rogar los bienes ajenos, y si aguardamos á que se nos vengan á casa , perecerémos en la calle. No es buena ganzúa la oratoria, y la prosa se entra por los oídos y no por las faltriqueras. Dar audiencia al que pide cuartos , es dar al diablo ; más fácil es tomar que pedir ; cuando todos guardan no hay que aguardar ; lo que conviene es hurtar de boga arrancada y con consideracion : quiero decir, considerando que se ha de hurtar de suerte que haya hurto para el que acusa, para el que escribe, para el que prende, para el que procura, para el que aboga, para el que solicita, para el que relata y para el que juzga , y que súbre algo ; porque donde el hurto se acaba, el verdugo empieza. Amigos, si nos desterraren es mejor que si nos enterasen : los pregones por un oído se entran y por otro se salen ; si nos sacan á la vergüenza , es saca que no escuece, y yo no sé quién tiene la vergüenza adonde nos han de sacar ; si nos azofaren , á quien dan no escoge ; y por lo ménos oye un hombre alabar sus carnes, y en apeándose un jubon cubre otro. En el tor-

mento no tenemos riesgo los mentirosos, pues toda su tema es que digan la verdad, y con *hágome sastre* se asegura la persona. Ir á galeras es servir al rey y volverse lampiños: los galeotes son candiles que sirven á falta de velas. Si nos ahorcan, que es el *finibus terrae*, tal dia hizo un año; y por lo ménos no hay ahorcado que no honre á sus padres, diciendo los ignorantes que los deshonoran, pues no se oye otra cosa, aunque el ahorcado sea un pícaro, sino que es muy bien nacido y hijo de buenos padres. Y aunque no sea sino por morirse uno dejando de la agalla á la botica y al médico, no le está mal la enfermedad de esparto. Caballeros, no hay sino manos á la obra. No lo hubo dicho, cuando revolviéndose las sábanas de las camas al cuerpo, y engulliéndose el candil en el balsopeto, se descolgaron por una manta á la calle desde una ventana, y parcieron como rayos á sofaldar cofres, y retozar pestillos, y manosear faltriqueras.

XXIII.

La imperial Italia.

La imperial Italia, á quien solo quedó lo augusto del nombre, viendo gastada su monarquía en pedazos, con que añadieron tan diferentes príncipes sus dominios, y ocupada su jurisdiccion en remendar señoríos, poco ántes desarrapados; desengañada de que si pudo con dicha quitar ella sola á todos los que poseian, habia sido fácil quitarla á ella todos lo que sola les habia quitado; hallándose pobre y sumamente ligera, por haber dejado el peso de tantas provincias, dió en volatin, y por falta de suelo, andaba en la maroma, con admiracion de todo el mundo. Fijó los ejes de su cuerda en Roma y en Saboya. Eran auditorio y aplauso España del un lado, y Francia del otro. Estaban cuidadosos estos dos grandes reyes, aguardando hácia dónde se inclinaba en las mudanzas y vueltas que hacia, para si por descuido cayese, recogerla cada una. Italia, advertida de la prevencion del auditorio, para tenerse firme y pasear segura tan estrecha senda, tomó por baston la señoría de Venecia en los brazos; y equilibrando sus movimientos, hacia saltos y vueltas maravillosas, unas veces fingiendo caer hácia España, otras hácia Francia; teniendo por entretenimiento la ansia con que una y otra extendian los brazos á recogerla, y siendo fiesta á todos la burla que restituyéndose en su firmeza les hacia. Pues estando entretenidos en esto, cógelos la *hora*; y el rey de Francia, desconfiado de su arrebatía, para que diese zaparrazo á su lado empezó á falsear el asiento del eje de la maroma, que estaba afirmado en Saboya. El monarca de España, que lo entendió, le añadía por puntales el estado de Milan y el reino de Nápoles y á Sicilia. Italia, que andaba volando, echó de ver que el baston de Venecia, que trayéndole en las manos la servia de equilibrio, por otra parte la tenia crucificada, le arrojó, y asiéndose á la maroma con las manos, dijo:

—Basta de volatin; que mal podré volar si los que me miran desean que caiga; y quien me bilanza y contrapesa me crucifica; y con sospecha de los puntales de Saboya, se pasó á los de Roma, diciendo : Pues todos me quieren prender, Iglesia me llamo, donde si cayere habrá quien me absuelva. El rey de Francia se fué llegando á Roma con piel de cardenal por no ser conocido; empero el rey de España, que penetró la maula de disfrazar el monsiur en monseñor, haciéndole al pasar cortesía, le obligó á que quitándose el capello, descubriese lo calvino de su cabeza.

XXIV.

El caballo de Nápoles.

El caballo de Nápoles, á quien algunos han hurtado la cebada, otros ayudado á comer la paja, algunos le han hecho rocin, otros posta azotándole, otros yegua; viendo que en poder del duque de Osuna, incomparable virey, invencible capitan general, juntó pareja con el famoso y leal caballo que es timbre de sus armas, y que le enjaezó con las granas de las dos mahonas de Venecia y con el tesoro de la nave de Brindis; que le hizo caballo marino con tantas y tan gloriosas batallas navales; que le dió verde en Chipre, y de beber en el Tenedo cuando se trujo á las ancas la nave poderosa de la Sultana, y de Salónica para que le almohazase al capitan de aquellas galeras con su capitana; por lo cual Neptuno le reconoció por su primogénito, el que produjo en competencia de Minerva;—acordábase que el grande Giron le habia hecho gastar por herraduras las medias lunas del turco, y que con ellas fueron sus coces sacamuelas de los leones venecianos en la prodigiosa batalla sobre Ragusa, donde con quince velas les desbarató ochenta, obligándolos á retirarse vergonzosamente, con pérdida de muchas galeras y galeazas, y de la mayor y mejor parte de la gente. Cuando se acordaba destes triunfos, se via sin manta y con mataduras y muermo, que le procedia de plumas de gallina que le echaban en el pesebre. Víase ocupado en tirar un coche quien fué tan áspero, que nunca supieron (con ser buenos bridones) los franceses tenerse encima dél, habiéndolo intentado muchas veces. Ocasiónóle el miserable estado en que se via tal tristeza y desesperacion, que enfurecido, y relinchando clarines, y resollando fuego, quiso ser caballo de Troya, y á corcovos y manotadas asolar la ciudad. Al ruido entraron los sexos de Nápoles, y arrojándole una toga en la cara, le taparon los ojos, y con halagos, habiéndole calabres cerrado, le pusieron maneotas y cabestro. Y estándole atando á un aldabon del establo, cógelos la hora; y dos de los sexos dijeron que convenia y era más barato dar á Roma de una vez el caballo, que cada año una hacanea con dote, y quitarse de ruidos, pues segun le miraban, se podia temer que le mátasen de ojo los nepotes. A esto, demudados, respondieron los otros que el rey de España le aseguraba de tal enfermedad con tres castillos que le tenia pues-

tos en la frente por texon, y que primero le cortarian las piernas que verle servir de mula y escondido en hopalandas. Los dos replicaron que parecia lenguaje de herejes no querer ser papistas, y que ninguna silla le podia estar tan bien como la de san Pedro. A esto dijeron coléricos los demas que para que los herejes no hiciesen al Pontífice perder los estribos en aquella silla, convenia que solo el rey de España se sirviese deste caballo. Unos decian *bonete*, otros *corona*; y de una palabra en otra se envedijaron de suerte, que si no entra el electo del pueblo, se hacen pedazos; el cual sabiendo dellos la ocasion de la pendencia, les dijo: Este caballo, con ser desbocado, ha tenido muchos amos, y las más veces se ha ido él por su pié, que dejádose llevar del ranzal. Lo que conviene es guardarle con cuidado; que anda en Italia mucha gente de á pié que busca bagaje, y cuatrerros con botas y espuelas; y el gitano trueca borricas que le ha hurtado otras veces, y ahora tiene puerta falsa á la estala; y no conviene que le almohace ningun mozo de caballos frances, que le hacen cosquillas en lugar de limpiarle; y tanto ojo con los monsiures, que se visten manteo y sotana para echarle la pierna encima.

XXV.

Los dos ahorcados.

Estaban ahorcando dos rufianes por media docena de muertes: el uno estaba ya hecho badajo de la *ene* de palo, el otro acababa de sentarse en el poyo donde se pone á caballo el jinete de gaznates. Entre la multitud de gente que los miraba, pasando en alcance de unos tabardillos, se pararon dos médicos, y viéndolos, empezaron á llorar como unas criaturas, y con tantas lágrimas, que unos tratantes que estaban junto á ellos los preguntaron si eran sus hijos los ajusticiados; á lo cual respondieron que no los conocian, empero que sus lágrimas eran de ver morir dos hombres sin pagar nada á la facultad. En esto los cogió á todos la *hora*; y columbrando el ahorcado á los médicos, dijo:

—¡Ah señores doctores! aquí tienen vuestedes lugar, si son servidos, pues por los que han muerto merecen el mio, y por lo que saben despachar, el del verdugo. Algun entierro ha de haber sin galeno, y tambien presume de aforismo el esparto. En lo que tienen encima, y en los malos pasos sus mulas de vuestedes son escaleras de la horca de pelo negro. Tiempo es de verdades. Si yo hubiera usado de receta, como de daga, no estuviera aquí, aunque hubiera assasinado á cuantos me ven. Una docena de misas les pido, pues les es fácil acomodarlas en uno de los infinitos codicillos á que dan prisa.